

M. L. G. S. Eduardo Fernandez de S. Roman

testimonio de apuero

del Auto



DEL
ASALTO Y SACO DE ROMA
 POR
LOS ESPAÑOLES.

—
EPÍSTOLA

dirigida

Al Excmo. Señor D. Serafin Estévez Calderon,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

POR

D. Antonio Cánovas del Castillo.

—
1858.
 —

MADRID.

IMPRENTA DE **La América**, A CARGO DE F. SERRA Y MADRILAS,
 Calle del Baño, n. 4.

THE
SOCIETY OF
THE
LITTLE
LADIES

ESTABLISHED
IN
THE
YEAR 1880

FOR THE
PURPOSE OF
TEACHING
THE
ARTS AND
CRAFTS

OF

THE

ROYAL SOCIETY OF ARTS

No estuvo Vd., mi querido tío, bastante tiempo en Roma para visitar minuciosamente aquella parte de la ciudad por donde entró el ejército de Carlos V en los primeros días del mes de las flores del año 1527 de nuestra era. Me pesa, por que, al ajustar las relaciones de los historiadores con los lugares del suceso, habria Vd. experimentado las propias dudas que yo, y tal vez se hubiera dedicado á esclarecerlas con mas fruto. Pero ya que ello no pudo ser, quiero que juzgue Vd., al menos, estas observaciones que me ha sujerido el pasear los lugares con curiosidad, durante mi residencia en Roma. Las acompaño con un plano sencillo que representa el estado actual de los muros de Roma á la parte izquierda del rio, sin el cual no seria posible formar exacta idea de los hechos. De Vd. no temo que juzgue estéril esta tarea, no tan lucida seguramente como penosa y difícil: lejos de eso, me parece haber acertado con su gusto al dedicarle esta carta.

Roma, en los tiempos antiguos, fué poco dada á poblar en la orilla etrusca de su rio, asentándose casi entera en el suelo latino. Solo pasaron los antiguos de la margen izquierda á la margen derecha del Tíber para fortificar la cima del monte *Janiculus*, que domina la ciudad, y podia impedir la navegacion del rio (1), ó bien para construir el sepulcro de Adriano, hoy ciudadela de Roma, y los jardines y circo vaticanos; en cuyas grutas fué enterrado San Pedro. Sobre aquellas santas grutas se levantó luego el trono de los papas, coronado ahora por la cúpula del primero de los templos cristianos, y desde ellas hasta el sepulcro de Adriano y el Tíber se ha ido formando, con el tiempo, el mas importante de los barrios de Roma.

(1) Nibbi. Roma. Antica t. I.

Allí están los palacios pontificios, los museos, los pórticos incomparables del Bernini, el obelisco transportado del viejo circo á la plaza, en los días de Sixto V, por el audaz ingenio de Fontana. Parte por guardar de las incursiones sarracénicas la Basílica de San Pedro, parte para guarecer sus palacios y sus propias personas, en las frecuentes insurrecciones de los patrios romanos durante los siglos tenebrosos que subsiguieron á la estincion de los Césares, trataron los papas de ceñir con torres y muros el recinto vaticano; y Leon IV acertó á llevar á término este propósito en la primera mitad del siglo IX, separando de Roma enteramente el nuevo arrabal ó burgo que, de su nombre, se llamó desde entonces ciudad leoniana ó leonina. En el interin la escasa poblacion que, durante el imperio, se habia acumulado dentro del recinto fortificado del Janículo, comenzó á acrecentarse; merced á las ampliaciones que hicieron en todo el ámbito de la ciudad los emperadores Aureliano y Honorio; y al natural deseo que tenian los primeros cristianos de habitar en las cercanías del monte y las grutas, donde murió, y yació luego el apóstol de San Pedro. Y así se vió, que mientras el Foro y las inmediaciones del anfiteatro Flavio, lo propio que las cumbres del Esquilino, Celio y Palatino eran abandonadas a los escombros, Roma creciese de la parte opuesta del rio, formándose el arrabal de S. Pedro, conocido tambien por *Borgovechio* y *vaticano*, en la ciudad leoniana, y el de Transtiber ó Trastevere, al pié del monte Janiculus, que fueron los que asaltaron, en 1527, los impertérritos soldados de Carlos V.

Por mucho tiempo estuvieron estos arrabales separados uno de otro, y cada cual de ellos encerrado en distintos muros, y con puentes diversos que los unian á la ciudad. El *Trastevere*, dentro del recinto de Aureliano, se comunicaba principalmente por el puente Aurelius, hoy puente Sixto, y por los puentes de Cestius y Fabritius, hoy *Quattro capi*, que juntan la isla tiberina con las dos orillas del rio: el de San Pedro ó vaticano, encerrado en el recinto de Leon IV, tenia por suyo el puente Aelius ó de San Angelo, dominado por el sepulcro-castillo de Adriano, que era como base de la ciudad leonina. De uno á otro arrabal corria la via de la Lungara, limitada de una parte por el rio, cuyo curso sigue casi paralelamente, y de la otra por las colinas janiculenses que, desde la cumbre de Santo Spiritus, punto el mas avanzado de ellas de sur á norte, y comprendido ya en el recinto leonino ó vaticano, se estienden ondeando hasta la misma cima del antiguo Janículo, que hoy, por causa de la iglesia levantada en memoria del suplicio del primer apóstol, se llama *San Pedro in Montorio* (1). A ambos la-

(1) Sigo en esta descripción las opiniones de Nardini y Nibbi, los dos mas seguros arqueólogos que, en mi concepto, han escrito sobre Roma.

dos de la vía ó camino de la Lungara no tardaron en construirse muchas casas, como suele suceder en todos los caminos inmediatos á lugares populosos, hasta formarse la calle actual, que es de las mejores de Roma; y en 1642, cuando Urbano VIII renovó y reformó toda la fortificación de la orilla derecha del río, quedaron encerradas esta calle y otras de menos importancia, derivadas de ella, en la larga cortina bastionada que corre desde la puerta Cavalleggieri, en la ciudad leonina ó vaticana, á la puerta de San Pancracio, en el Trastevere, encerrando en un solo recinto los dos antiguos arrabales.

Nibbi, al tratar de esta parte de los muros, dice que « hasta »aquél año (*el de 1642*) la ciudad leoniana habia estado separada de la ciudad propiamente dicha en la parte transtiverina »por toda la estension de las colinas janiculenses que dominan »inmediatamente la vía de la Lungara; y que por eso á los dos »estremos de esta, se hallan las puertas de Sancto Spiritus y »Septimiana, hoy ya inútiles.»—Y aquí comienzan las dudas y la dificultad de ajustar los lugares con los hechos de que se trata.

Porque Nibbi no es solo el último de los grandes anticuarios romanos: es tambien el que mas detenidamente ha estudiado estas materias, durante una vida larga y laboriosa, dedicada por entero á la instruccion arqueológica de los alumnos de la *Sapienza*; y en especial sobre los muros ha escrito una obra clásica, que Vd. conocerá seguramente con el título de *Historia delle mura di Roma*. ¿Cómo contradecir una autoridad tan respetable, sin graves, gravísimos fundamentos que abonen la opinion supuesta? Yo creo que los poseo y voy á someterlos al juicio de Vd., que tiene ya idea de los sitios, y que podrá, como digo, ayudarme á salir de confusiones.

He hablado ya, citando á Nibbi, de la puerta de Sancto Spiritus y de la Septimiana ó Settimiana, colocadas á los extremos de la Lungara, dentro del recinto moderno.—No es por estas solas por donde se comunican los arrabales: hay tambien al presente fuera del recinto bastionado, un camino que corre lamiendo los ángulos ó redientes del muro, y á sus dos extremos se hallan, aunque con diversa direccion, otras dos puertas que son la *Aurelia* (1) ó de *San Pancracio* y la del *Torrione* ó *Torreón de Sancto Spiritus*, ahora *Cavalleggieri*, situada aquella al pié del monte Janículo en Trastévere, y abierta esta otra en los mismos muros antiguos de la ciudad leoniana, á la falda de la colina ó monte de Sancto Spiritus, sobre el valle de los *Hornos*, que separa un tanto las alturas janiculenses de las vaticanas.

(1) No hay que confundir esta puerta con la que daba principio á la vía Aurelia situada sobre el puente Santangelo.—Esta, de que hablamos, se llamaba Aurea ó Aurelia por corrupcion del monte aureo ó Janículo.

nas.—Que entre estas cuatro puertas, á saber: la de Cavalleggieri, la de Sancto Spiritus, la de San Pancracio y la Septimiana, tuvieron lugar los memorables sucesos que el 6 de mayo de 1527 ensangrentaron á Roma; no ofrece duda alguna.—La duda está en si todas cuatro puertas daban paso al campo por entonces, y pudieron ser atacadas á un tiempo de los imperiales, ó si ya á la sazón dos solas de ellas, como se vé al presente, eran verdaderas puertas de Roma; la Torrione y la de San Pancracio, y las otras dos, en las estrechuras de la Lungara, se encontraban dentro de un muro paralelo á esta via y al Tiber, que asegurase interiormente la comunicacion de los arrabales, al modo que ahora la asegura el recinto bastionado de Urbano VIII.—Nibbi creia lo primero afirmando que, hasta que aquel levantó en 1642 su recinto, no quedaron inútiles las puertas de los extremos de la Lungara; yo me atrevo á sostener contra esta opinion, aun despues de reconocer que es la del primer anticuario de Roma, que en 1527 eran ya de ostentacion puramente aquellas puertas, y que el ejército imperial halló delante de sí un muro, que corria poco mas ó menos como el actual, de un arrabal á otro.—Veamos en prueba de mi aserto cómo refieren algunos testigos de vista las particularidades del suceso.

Entre las adquisiciones bibliográficas que hice yo en Italia, cuento por de las mejores un códice de cierta historia del *Sacco di Roma*, escrita por Patricio de Rossi, florentino, con ayuda de las memorias originales que dejó acerca del suceso Monseñor Francisco de Rossi, su abuelo; testigo de vista, y actor en algunas de aquellas dolorosas escenas.—El Patricio, más se dá por colector que por historiador; y con efecto, se advierte en su obra que muchas veces no habla él, sino el mismo que presencié los acontecimientos. Imprimióse esta obra por primera vez en la propia Róma, el año de 1837; pero con ciertas variantes, y lagunas importantes, que no hacen á nuestro propósito, tal vez abiertas en el texto por la censura pontificia.—De aqui la importancia de un códice, que escrito en letra, si no del propio siglo XVI de los primeros años del siguiente, y perfectamente conservado, ofrece grandes garantías de autenticidad.—El contexto de toda la historia demuestra que Monseñor Francisco de Rossi, su verdadero autor, escribia con gran conocimiento, y que era hombre imparcial, ya que no siempre elegante; y juicioso como el que mas de los escritores de su siglo. De sus páginas, descargado el estilo de declamaciones ociosas, saco la narracion que sigue.

«Pasado, dice Rossi, el 5 de mayo y aun la noche, conforme se acercaba el dia sexto se levantó dentro y fuera de Róma una niebla tan densa que apenas se veia á dos pasos de distancia. Pusiéronse, para aprovecharla, en ordenanza los enemigos y una parte de ellos se fueron acercando en buen

»orden á los muros de un lado, entre los bastiones de Sancto
 »Spiritus y los muros del Papa Nicolás, trayendo escalas y
 »otros artificios para el asalto. Al clarear el dia se distinguió
 »sobre todos á Borbon, completamente armado y á caballo con
 »sobrevesta blanca en las armas... Los españoles, como aquellos
 »que en valor y atrevimiento pretenden la precedencia de cual-
 »quiera otros, bravamente escaramuceando, comenzaron por
 »varias partes el asalto. Muchos de ellos se empeñaron obs-
 »tinadamente en conservar el punto mas fácil para dar el asalto
 »con escalas, por aquella parte que (*respondi verso*) está en
 »frente de Sancto Spiritus, donde las murallas de la ciudad eran
 »mas bajas que en otro lugar alguno. Se juntaban aquí los
 »muros de la ciudad con una pequeña casa particular; pero de
 »tal manera que, siguiendo el orden del resto de la mura-
 »lla, se necesitaba más que diligente cuidado para averi-
 »guar su flaqueza; y en ella habia una tronera de cañon que
 »la servia de ventana. Debajo de esta tronera habia otra peque-
 »ñísima ventana que daba á la cantina de la casa, no enrejada
 »de hierro sino de madera, pero cubierta de tierra y piedras,
 »por tal manera, que á la parte de afuera no se conocia, ni podia
 »sospechase que diera con ella el enemigo. De este punto
 »precisamente no se separaban los españoles pretendiendo esca-
 »lar la muralla, de donde eran rechazados á tiros de mosquete,
 »hasta que la niebla, haciéndose mas y mas densa, á punto de
 »estorbar la vista á los defensores, permitió á aquellos acercarse
 »á su placer, sin ser ofendidos. Ahora bien, mientras los es-
 »pañoles combatian incesantemente por esta parte, Borbon, que
 »hacia partes de soldado mas que de capitan, al apoyar con
 »la mano izquierda una escala en los muros, fué muerto de un
 »arcabuzazo en un costado. Reunidos los capitanes del ejército
 »para deliberar qué habia de hacerse en aquel caso, determi-
 »naron repetir el asalto; y, eligiendo por capitan general al
 »príncipe de Orange, se abalanzaron de nuevo á los muros.
 »Ya era la undécima hora del dia cuando los cesáreos con mayor
 »audacia intentaron de nuevo la espugnacion por todas partes
 »hasta el Porton de Sancto Spiritus. Entonces fué cuando algu-
 »nos infantes españoles, descubriendo, ó por casualidad, ó por de-
 »lacion, la flaqueza del muro de aquella casilla antes mencio-
 »nada, con barras y picos alargaron la tronera y la ventana
 »subterránea, por la cual cómodamente entraron en Roma; y á
 »las trece horas (1) fué sentido el enemigo dentro de la ciu-
 »dad sin poderse saber por dónde ni cómo, afirmando los de-
 »fensores que no entraron por la parte de la puerta del torreón
 »de Sancto Spiritus, aunque eran las murallas mas bajas y peor

(1) Los italianos cuentan seguidas, desde la una á las veinte y cua-
 tro, las horas del dia.

»defendidas. La verdad fué que entraron por dicha casa. No
 »bien habian empezado los españoles que entraron á ordenar-
 »se, apareció Renzo de Ceri (*capitan general de las fuerzas del
 Papa en la ciudad*) con cerca de 800 infantes que conducia
 »en refuerzo de los que combatian sobre los muros. Al llegar
 »á la iglesia de Sancto Spiritus (*situada en la ciudad leoniana,
 de donde la puerta Torrione, el Porton de la Lungara, y el
 monte que háy entre ambas puertas tomaron el nombre*) des-
 »cubrió Renzo de Ceri á los españoles que venian á él, y es fa-
 »ma que, vuelto á los suyos, gritase en voz alta: los enemi-
 »gos están dentro, sálvese quien pueda en lugares fuertes y
 »seguros. Palabras intempestivas é indecentes á tal capitan...
 »Que si Renzo hubiera embestido á los enemigos con el arro-
 »ño que en aquella ocasion cumplia, considerando la distancia
 »del muro al lugar donde habian llegado los españoles, bien
 »podia conjeturar que (*pues cabian en lugar tan estrecho*) nos
 »eran aun en gran número, y que la gente que él conducia bas-
 »taba para rechazarles al muro. Pero Renzo, en vez de ha-
 »cerlo, tomó la fuga (*saliendo indudablemente por el Porton
 ó Postigo de Sancto Spiritus*) hácia Puente Sisto, por la Lun-
 »gara, seguido de muchos de los suyos en confusion; con lo
 »cual, los que defendian los muros, viendo huir al capitan,
 »abandonaron tambien tras él sus puestos. Perseguianlos los
 »contrarios gritando: *viva España*, mata, mata, y haciendo es-
 »trago. Renzo, llegado á Puente Sixto, (*después de pasar
 tambien forzosamente por la puerta Septimiana que está antes
 del Puente*) juntó las reliquias de sus infantes que habian de-
 »jado las espadas españolas, con los que estaban á su guarda,
 »y en lugar de cerrarlo y terraplenarlo, si no queria cortarlo,
 »colocando alguna pieza de artilleria que barriera la entrada,
 »se encaminó luego por via Giulia (*calle casi paralela al rio en
 su izquierda, y tambien á la Lungara que va por la derecha*)
 »en demanda del puente y castillo de Santangelo.»

De esta relacion se desprende que Renzo de Ceri llegó por
 la parte de la Lungara á la iglesia de Sancto Spiritus. Porque
 si se hubiera acercado á Sancto Spiritus por el lado de San-
 tangelo, al divisar á los españoles, habria podido recojerse al
 castillo sin dificultad, dejando entre él y la Lungara á los enemi-
 gos. Y una vez averiguado que la retirada de Renzo fué por
 la Lungara á Puente Sixto, y de allí á buscar, por la via Giu-
 lia, el puente Santangelo, ¿no es lo mas verosimil que al ve-
 nir siguiese los mismos pasos? Pues ni lo uno ni lo otro habria
 podido hacerlo de estar aun, como creia Nibbi, la Lungara
 fuera de los muros. Nótese primero, que de estar cerradas la
 puerta de Sancto Spiritus y la Septimiana, como era forzoso
 que lo estuviesen si daban al campo durante el ataque, no era
 posible que el caudillo romano pasase en fuga de la una á la

otra sin hallar obstáculo alguno hasta llegar á Puente Sixto, donde hizo algunos instantes de alto. Nótese luego, y esto es mas concluyente todavia, que de no suponerse un muro antiguo, semejante al que ahora existe por obra de Urbano VIII, en las colinas janiculenses, los asaltantes, estendiéndose naturalmente desde la orilla del rio hasta la puerta Torrione ó Cavaleggieri, y desde el mismo rio á la de San Pancracio, habrian hecho imposible toda comunicacion entre los dos arrabales.

Bastan estas dos observaciones para hacer evidentes nuestros asertos si se dá crédito á la relacion minuciosa de los hechos que monseñor Rossi dejó escrita.

Mas por si acaso se duda de la veracidad de esta relacion, convendrá examinar otras que sean contemporáneas ó vecinas del suceso, y puedan esclarecer sus circunstancias. Por tales son tenidas dos de autores inciertos, publicadas ambas con el título de *Il sacco di Roma*. Imprimióse la primera en París en 1664 á nombre de Francisco Guicciardini, el famoso autor de la *Historia de Italia*, y la segunda en Luca, con falsa fecha de Colonia, en 1756, suponiéndola obra de un Jacobo Buonaparte, hasta entonces de todo punto desconocido. No tardó en hallarse entre ambas obras tal semejanza que los gaceteros mas acreditados en Italia y muchos literatos la tuvieron por una misma, atribuyéndola, quién á Francisco Guicciardini, quién á Luis su hermano tan famoso por su descripcion de Flandes. Y con efecto, la semejanza es grande y podria demostrar que la segunda era original ó copia de la primera, si no fuese porque á no dudarlo, una y otra están sacadas, en su mayor parte, de la historia misma de Rossi, de que acabo de copiar la relacion del asalto. No las noticias solo, sino las declamaciones, las reflexiones, las palabras mismas lo demuestran á punto que basta una somera confrontacion para resolver de plano, este antiguo problema literario. He dicho que son, en su mayor parte, no en todo, extractos de la de Rossi las dos obras referidas; y con efecto, algo hay de mas, especialmente en la segunda de las relaciones, que malamente se supuso tomada de la primera, mucho menos curiosa que ella á todas luces. Los nuevos pormenores que aqui se encuentran deben pertenecer á alguna otra relacion por el estilo de la de Rossi, auténtica y desconocida al presente; esto es al menos probable. Y no me parece aventurado el suponer que ambas relaciones fueron formadas á un tiempo y por diversas personas, no teniendo valor al presente, una ni otra, si no es por aquello poco que añaden á la grande y original relacion de que me he hecho cargo: Un párrafo hay, por ejemplo, en la obra atribuida á Buonaparte, que no solo no se halla en la que se creyó de Guicciardini, sino que falta tambien en el impreso y manuscrito de Rossi, y confirma de un modo

notable las antecedentes observaciones: «Por tanta solicitud y estímulo (*el que daba Borbon á sus soldados*) se hallaba (dice el Buonaparte), junta al alba toda la infantería, y en orden la caballería, no menos alegres que dispuestos todos á emprender animosamente la batalla. La valentísima gente (*banda*) española dió, según su costumbre, el asalto por diversas partes de la ciudad. Combatieron de una y otra parte reciamente con la pequeña artillería, y de algunos pocos soldados suizos de la guardia del Papa (*no quedó de estos ni uno solo, según otras relaciones*) habian ya sido rechazados los que daban el asalto y subian á los muros por la parte que miraba (*guardava*) á Via Giulia. Muchos fueron maltratados por las balas de un grueso cañon que disparaba desde las colinas del flanco, donde era mas recia la batalla, y ya en lo alto del muro fueron ganadas dos banderas, cayendo precipitados del muro abajo los alféreces que las conducian.» —¿Cuál podia ser, pregunto yo ahora, esta muralla que miraba á Via Giulia sino una paralela á la misma via, y de consiguiente al rio y á la Lungara, que es lo que trato de demostrar?—¿Y de qué otras colinas de flanco, donde era lo mas recio de la batalla, podian venir los tiros de aquel cañon grueso á no ser del monte de Sancto Spiritus, que se separa de la direccion de las demas colinas janiculenses, y avanza de sur á norte, como dejo dicho, de suerte que flanquea precisamente á las otras? ¿No estaba tambien al pié de este monte de Sancto Spiritus la puerta *Torrione* donde se sabe que era el mayor empuje del asalto?

Todo ello parece tan claro, que se necesita del respeto que naturalmente profesamos los peregrinos extranjeros á los arqueólogos naturales de Roma, por causa del tiempo y medios de que disponen; y la particular atencion que merecen los estudios arqueológicos de Nibbi, para insistir aun en la demostracion.

Insistiré, sin embargo, que á tanto me obligan á mi los respetos que dejo apuntados. Testigo ocular del suceso fué tambien Benvenuto Cellini, que habla de ellos en su *Vita scritta da lui medesimo*. El lugar en que se halló fué, según dice, «el muro del *Campo Santo*,» y este pudiera ser muy bien el de Sancto Spiritus, situado en las colinas janiculenses, por encima de la Lungara, precisamente en el sitio por donde yo supongo que corria ya una muralla en la época del saco. Y á la verdad, visitando aquellos lugares he observado yo mismo en el muro que corre al presente por delante del *Campo Santo*, algunos trozos de construccion á la manera *sarazinesca* y me han servido de estímulo para proseguir en estas investigaciones. Tal vez por aquella parte no hubo nunca una muralla formalmente levantada; sino que con las tapias de los jardines y las casas mismas, y algunos trozos de muro lijeramente fabricados, se

constituiría por allí el recinto, calificado en todos los historiadores de el *mas flaco de Roma*. Da crédito esta calificación misma á mis sospechas porque no parece posible que los muros de la ciudad leoniana, apoyados por la parte que sufrió el asalto en el monte de Sancto Spiritus, cuidados especialmente por los Papas, que fiaban su seguridad personal en ellos, y no habia muchos años reedificados por Nicolás V, desde la puerta de Sancto Spiritus á Santangelo, segun Nibbi (1) se hallasen en el estado deplorable que señala Francisco Vettori en su *Storia d' Italia dal 1511 al 1527* diciendo, precisamente al describir el ataque que «en muchos lugares no habia muro sino solo se habian levantado algunos reparos.»

Y á propósito de Francisco Vettori, conviene saber que este autor señala como punto principal del ataque el muro que corria del porton del Borgo (asi se llama aun por antonomasia el arrabal de San Pedro ó Vaticano), á la puerta de Sancto Spiritus, dando aquel primer nombre sin duda á la Puerta Torrione; con lo cual, confirma un hecho en que Rossi y el compendio de Buonaparte están de acuerdo. Ni podia ser otro el punto cuando el objeto de los asaltantes era entrar en la ciudad leoniana y apoderarse del Vaticano y de San Pedro. Pero el ejército, que en concepto de Sandoval, llegaba á 30,000 soldados y á 40,000 en opinion de Ulloa, era sobrado número para encerrarse en lugar tan estrecho, donde apenas algunos centenares podrian maniobrar con holgura, y asi es que estaba estendido entre la puerta de San Pancracio y la de Sancto Spiritus, segun lo describen Rossi y sus plajiarrios, y casi todos los autores que tratan del asunto. Y aqui surjen sin querer nuevas preguntas. ¿A qué estenderse entre la puerta de San Pancracio y la de Sancto Spiritus si no para atacar una línea ó un frente continuo de fortificaciones? ¿De estar aislados los arrabales no se habrian dividido tambien los asaltantes en dos trozos diversos, siendo lugares tan distintos la puerta de Sancto Spiritus y la de San Pancracio que por mas de una milla y un quinto de las de sesenta al grado está separada la una de la otra? Dificil seria contestar á estas preguntas sin aceptar mi supuesto. Ni se concibe sin él, que poseyendo los imperiales toda la cumbre de las colinas Janiculenses, la iglesia y torre de San Onofre, que existía desde 1419 sobre ellas, y otros muchos edificios, que allí hay anteriores al asalto, y que debian dominar una gran parte de los muros de la ciudad Leoniana, pudieran sostenerse allí por algunas horas los defensores, en especial si se recuerda cuán poco espertos eran en las armas, y cuán formidables por el contrario aquellas mangas de arcabuceros españoles que, pocos años antes en Pavia, habian desbaratado la

(1) Historia delle Mura di Roma.

flor de los caballeros de Europa. Porque no basta la niebla para explicar este efecto; que Benvenuto Cellini, que asistió en los muros, si bien encarece su densidad, todavía refiere pormenores bastantes á demostrar que no dejaban de distinguirse desde allí los escuadrones imperiales, por mas que á la distancia á que se halla Santangelo, impidiese ella el efecto de la artillería del castillo, cosa á que los romanos en general atribuyeron mucha parte del mal fin de la jornada.

Por si aun hiciesen falta argumentos, tal vez no sea importuno recordar lo que aconteció en otro ataque que se dió al papa pocos meses antes del de los imperiales. Fueron los asaltantes los Colonnas, grandes enemigos de Clemente VII, acompañados del aventurero D. Hugo de Moncada, y de una turba de parciales y soldados mercenarios, mas apta para el saqueo que para la guerra. Contaban estos con inteligencias en Roma, y con un partido poderoso dispuesto á seguir su voz contra el pontífice, y una noche se introdujeron calladamente en la ciudad por el camino de Nápoles, y se señorearon de toda ella, y aun del puente Sixto sin resistencia. Abierto el paso de este modo á la orilla derecha del rio, los sublevados, dice Rossi, que tambien narra aquel hecho «sin dificultad alguna entraron por la Lungara y se dirigieron á San Pedro. Al pasar por el arco de Sancto Spiritus (*asi el impresor que el ms dice porton*), hallaron allí á Esteban Colonna con 200 infantes recogidos tumultuosamente de orden de su Santidad, el cual no pudiendo con tan poca gente impedir el paso al enemigo, se retiró de aquel punto, con lo cual entraron los colonosenses en Borgo-vechio.» Donde se vé que debia estar indefenso enteramente el porton de Sancto Spiritus, y abierto el paso desde la Lungara al Borgo, cuando ni siquiera se intentó la resistencia, y por no haberla intentado no se inculpa al capitán, cuando tanto se inculpó á Renzo de Ceri por su retirada en el asalto de los imperiales; dado que la gente que venia sobre Esteban Colonna no podia ser tampoco mucho mas numerosa que la que puso en fuga á aquel otro caudillo romano.

Suponiendo ahora, mi querido tío, que con tanto disertar no haya comprendido mal los hechos y sus deducciones legítimas; ¿cuál pudo ser el lugar de la muerte de Borbon, y cuál el trozo de muro donde fué herido durante el asalto? — Objetos de curiosidad histórica son estos, que no se han curado mucho de contentar hasta el presente los anticuarios romanos, poco amigos, y con razon, de la gloria de aquel temerario caballero. — Nibbi, sin embargo, apunta como seguros algunos datos que no dejan de ser importantes.

A la izquierda de la antigua puerta Torriane, hoy Cavalleggeri, allí donde comienzan los bastiones del moderno recinto del Janiculus, hubo, segun él, en otro tiempo, una capilla, inti-

tulada de Nuestra Señora del Refugio, en la cual murió Borbon, habiéndose conservado en ella algunas banderas y una inscripcion que recordaba el suceso por muchos años: tal vez hasta que se fabricó sobre su demolido presbiterio el nuevo muro. De aquella capilla al monte de Sancto Spiritus donde fué mas recio el asalto, no habia mas que algunos pasos de distancia, y de consiguiente hay que creer que fué casi á las mismas puertas de la capilla donde recibió Borbon el golpe de muerte. Pero no todos están de acuerdo en las circunstancias. Tullio Dándolo, uno de los escritores que con mas celo cultivan al presente la historia de Italia, despues de buscar en vano en la *Biblioteca vaticana* un manuscrito del *Saco* de Roma, obra del famoso Gerónimo de Morone, que allí se sospecha que existe, acaba de publicar un libro acerca de este personaje (1) con unos breves comentarios sobre el suceso. En ellos se lee que los imperiales bajaron de Monte Mario blandiendo cuerdas y escalas, y se lanzaron inmediatamente al asalto; y que Borbon, herido, fué trasportado á la escalinata de San Pedro, donde ahogaron su último ay, los alaridos de *carne, carne*, con que asordaban el aire los españoles. Mas fundada me parece, no obstante, la version de Nibbi, fundada en dos autores antiguos, que trataron ámpliamente del Vaticano y de sus alrededores, y que hablan como de cosa que vieron ellos propios, de la capilla, y la inscripcion que fijaba allí la muerte del capitán imperial.

Noticias no menos inseguras quedan acerca de la persona que mató á Borbon, por lo mismo que muchos se debieron de atribuir la gloria del hecho. Benvenuto Cellini, sin ir mas lejos, afirma que murió de los tiros que él y dos amigos que llevaba consigo le dispararon, desde el *Campo Santo*; pero mas tarde se da también él por autor de la herida que recibió delante de Santangelo, el príncipe de Orange, y en todas sus memorias campea tal espíritu de jactancia, que bien podemos dudar los presentes de muchas de sus hazañas. Brantôme atribuía el hecho á un sacerdote; mas este parece rumor de la época. Nibbi, con las mismas autoridades con que justifica el lugar de la muerte de Borbon, da por autor de ella á Francisco Valentini, romano, soldado viejo y experimentado en las guerras de su tiempo. Ni falta quien sustituya al de Valentini el nombre de Bernardino Passeri, platero célebre á la sazón; y aun esta viene á ser la tradicion en Roma, porque es allí voz comun que Borbon fué muerto desde el campanario de Sancto Spiritus. Pero tal error está fundado en esta inscripcion del campanario que recuerda el nombre de Passeri y sus proezas en el combate: «QVI CVM IN SACRO BELLO PRO PATRIA IN PROX. JANIC. PARTE HOSTIVM PLVREIS PVGNANS OCCIDISSET ATQVE ADVERSO MILITI VE-

(1) Ricordi inediti di Gerolamo Morone. Milan 1855.

»XILLVM ABSTVLISSET FORTITER OCCVBIT PR. ID. MAII MDXXVII.»
 Inscripcion de que copio estas palabras, no ya para probar que nada dice que aluda á la muerte de Borbon, sino porque ofrece al paso un nuevo indicio de que estaban fortificadas ya las colinas derivadas del Janículo. Advértase que la inscripcion habla del *próximo janículo* á propósito de los enemigos muertos, y la insignia ganada. Esta no pudo ser sino alguna de las que plantaron antes de tiempo los alféreces españoles en el muro, segun se vé en una de las relaciones del asalto, porque á campo abierto ni se peleó, ni habrian podido perderse aquel dia las insignias españolas.—Luego en la parte del Janículo, donde tuvieron lugar las hazañas de Passeri, habia muro. Y no hay que suponer que hable la inscripcion del que unia en el arrabal distante de Trastevere la puerta de San Pancracio á la Septimiana, porque entonces no se esplicaria la proximidad, ni la inscripcion tendria objeto en el lugar en que se halla. Ni menos que pelease el Passeri sobre el muro de Sancto Spiritus, que este, aunque derivacion geológica del Janículo, no ha sido jamás conocido por tal nombre, sino por el suyo propio. Passeri, despues de defender el muro del Janículo, que ponía en comunicacion los dos arrabales, segun mi suposicion, y de haber ejecutado allí grandes hazañas, fué sin duda de los que tuvieron que abandonar su puesto, por la fuga de Renzo de Ceri, y al llegar en retirada al pié del campanario de Sancto Spiritus, debió ser acometido y muerto, como tantos otros, por los españoles.—Esto es lo que se deduce de la inscripcion, y concuerda con todo lo que queda apuntado.—Por dudar se duda hasta si fué de arcabuz ó falconete la herida de Borbon; que, á ser de esta última arma, como disparada al azar, quitaria por igual su gloria á todos los que pretendieron ganarla atribuyéndose tal muerte.

Desde la alegre villa Lante, que hoy corona el monte de Sancto Spiritus, se pueden señalar con certidumbre, en mi concepto, todos los sitios que hizo famosos el arrojó de Borbon y la desgracia de su muerte.—Mas de una vez he meditado yo desde allí en los varios accidentes de la vida de aquel caudillo, valiente como el que mas de su tiempo, y no destituido de alguna prenda de caballero; enemigo personal de su rey y azote de su pontífice, vencedor siempre y nunca ganancioso; que no parece que peleaba sino para obtener un sepulcro, y aun ese se lo han usurpado al fin los siglos. Fué el primero de una familia que ha llenado con su nombre ambos mundos, que hiciera llegar con gloria el suyo, fuera de su patria; y no por eso ha sido menos olvidado en la muerte que maltratado en la vida. Su natural era injusto, violento hasta olvidar los respetos de la patria, de la iglesia, y del rey, mas no tanto que no hayan sido mas injustos con él los demas hombres. Solo pagaron tributo á

su muerte los viejos infantes españoles, que le habian acompañado en las mas felices de sus aventuras; y aun esos le hicieron las exéquias con sangre y lágrimas de ciudadanos inofensivos; escandalizando al orbe y á la historia; menoscabando con la crueldad del saco de la muerte del caudillo, que fué el triunfo. *El milanés* Grumello, que escribia seguramente su historia en los dias del suceso, dice en su dialecto particular que «el pobre» de Borbon tenia intencion de librar del saco á la ciudad, quiézas contra la voluntad de Dios que queria que Roma fuese de todo punto destruida por los pecados horrendos que en ella reinaban.»—Y al arcediano romano en sus diálogos le hizo decir Juan de Valdés estas palabras: «el duque de Borbon no venia para conquistarnos sino á defendernos de su mismo ejército: no venia á saquearnos sino á guardar que no fuésemos saqueados (1).»—Que parece idea estraña si no se supone que los soldados imperiales, faltos de pagas, y de todo género de recursos, no tanto eran conducidos, como conducian ellos mismos á su caudillo al asalto de Roma; y que, antes de comenzarlo, Borbon intentó por varias veces entrar en tratos con el Papa y sus caudillos, que soberbiamente los despreciaron, teniendo por imposible que de rebato fuese tomada la ciudad, y fiados en el cercano socorro que les ofrecia el ejército coaligado contra los españoles, que mandaba el duque de Urbino.—Una y otra suposicion han sido objeto de dudas; pero es de todo punto indudable que la ira de ver muerto al valeroso caudillo en sus soldados, y la relajacion de toda disciplina, que siguió á su muerte, acrecentaron mucho la confusion y el estrago.

Este comenzó ciertamente por los palacios y templos de la ciudad leoniana; pero el lugar preciso por donde entraron los españoles puede ser tambien objeto de duda.—Mi parecer es que fue hácia el sitio donde se juntaba la muralla de la ciudad leoniana, en el monte de Sancto Spiritus, con el muro que yo supongo que desde allí partia á cubrir las colinas del Janículo; y lo fundo muy especialmente en el mas grave de los cargos que Rossi hace al general de las armas del papa, Renzo de Ceri.

Habia llegado Renzo á la iglesia de Sancto Spiritus cuando diviso á los españoles; y al punto, dice Rossi, que debió de acometerles, considerando por «la distancia del muro al lugar» donde estaban que no eran todavia muchos en número.» Pocos para Renzo que traía unos 800 romanos consigo, y para la seguridad que muestra Rossi de que los habria echado fuera del recinto, á haberlos acometido incontinenti, no podian ser mas que 100 ó 200 infantes españoles; y por consiguiente, hay que creer que estaba cerca de la iglesia, y mas del postigo de Sanc-

(1) Juan de Valdés secretario de Carlos V, y uno de los primeros protestantes españoles.

to Spiritus, el lugar de la entrada, cuando no cabia en él mayor número. Argumento que subsiste aunque supongamos que llegasen á 300 los invasores. Solo, pues, habiendo entrado por un lugar muy vecino de la iglesia, es decir, por el muro que ciñe la colina de Sancto Spiritus, se comprende el argumento y la censura del severo historiador italiano. A esto se opone el dicho de Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontifical* que supone que se entró la ciudad por las espaldas del templo de S. Pedro, «por la parte donde está el obelisco que se llama comunmente el Aguja,» y lo mismo afirma Paulo Giovio (1), presente á la sazón en Roma. De observar es en este punto que cuando escribieron ambos autores, se hallaba aun de pié el obelisco sobre las ruinas del circo antiguo, «vecino al costado de la Basílica vieja, y al del nuevo templo, hácia los hornos, poco distante de la fábrica circular que sirve de sacristía.» Asi Tempesti, en su historia de Sisto V.—Y si entraron con efecto por detrás del obelisco los españoles, debieron saltar por el muro que está entre la Puerta Fábrica y la Pertusa, ambas correspondientes al Vaticano. No es este mi parecer, y he dicho la razon que tengo para ello, fundada en el testimonio, para mí mas digno de crédito que otro alguno, de Monseñor Rossi, copiado en todas estas circunstancias al pié de la letra por su nieto el colector de la historia. Afirma, sin embargo, el mismo Rossi que nadie llegó á saber con evidencia el sitio; y bien pudo suceder que fuese mas de uno el que dió paso á los audaces españoles.

Lo que consta de cierto es, que los primeros que entraron fueron ellos: cuatro compañías viejas, segun Rossi, del presidio de Milan. Fué tal su furia, que apenas dieron tiempo al Papa para refugiarse por el pasadizo murado en Santangelo: oyéndose á un tiempo que eran entrados, y que estaban á las puertas de San Pedro. Luego, puesto en huida Renzo de Ceri y fugitivos los defensores del muro, saltó en la ciudad leoniana todo el resto de la infantería, bien por el agujero que supone Rossi que se abrió en una casa del muro, bien encaramándose de seis en seis con las escalas «á manera de zarzos que suelen poner en los carros,» que, segun Sandoval, traian de antemano preparadas. De nada sirvió el trincheron levantado dias antes por Renzo de Ceri, delante de San Pedro, á fin de que sirviese de segunda linea en la defensa. Nada pudo ya resistir á los vencedores. Sin embargo, la marcha de los españoles, despues de apoderados de la ciudad leoniana, todavia es digna de examinarse porque aclara ó confirma muchas de las anteriores apreciaciones.

«Dirigiéronse, dice Rossi, hácia el postigo de Sancto Spi-

(1) Delle Istorie del suo tempo. P. 2.^a

»ritus (Puente en mi ms., mas debe ser error del copista) donde por vanguardia habian espedido antes ocultamente y sin »estrepito 1000 infantes, no solo para no ser descubiertos del »castillo, porque ya á las 21 horas era disipada la niebla, sino »tambien por sorprender á los que creian hallar en su defensa; »pero hallándolo con poquísimos defensores, se hicieron sú- »bitamente dueños del paso. Llegado despues el grueso del »ejército, y dejando buen número de infantes en la ciudad »leoniana, tomaron en buen órden la via de la Lungara, ca- »minando á la vuelta del Puente Sixto.» De donde se despren- de que los españoles no entraron mas que en la ciudad leoniana al principio, y solo dentro de ella persiguieron á Renzo de Ceri en su fuga, sin llegar á la Lungara; que el Postigo ó Puerta de Sancto Spiritus estaba dentro del recinto, porque si hubiera podido ser forzado del lado del campo, para nada se necesitaba la precaucion de tomarla por sorpresa, supuesto que sus defensores, pocos ó muchos, nunca habrian osado resistir á un ataque combinado de afuera y de adentro contra el arco. Demas que si la Lungara no estaba intra muros ¿cómo habia necesidad de pasar por el Postigo de Sancto Spiritus para caminar adelante hácia el Puente Sixto? ¿No se podía haber acometido desde luego la puerta Septimiana y el puente, aun antes de haber conquistado la ciudad leoniana, desde el campo abierto que ofrecian, por aquel tiempo, en concepto de Nibbi, las colinas janiculenses? La circunstancia que apunta Rossi de que ciertas precauciones las tomaron por temor de la artillería del castillo, se halla confirmada en la vida de Benvenuto Cellini, refiriendo este, que asestó los cañones, á cuyo servicio se dedicó mas tarde en Santangelo, al postigo de Sancto Spiritus, é hizo con sus disparos grande estrago en los españoles que venian por allí á relevar sus guardias, de lo cual pretendieron ellos defenderse levantando sobre el tejado de una casa cierto parapeto de bolas de vino que cubria el ojo de la puerta enteramente; pero como lo deshiciesen los cañonazos del castillo, «tuvieron que abandonar, dice, el paso, con la »incomodidad de haber de andar tres millas cada vez que ha- »bian de relevar las guardias de la ciudad leoniana.» Distancia que prueba que, para hacer el relevo en el burgo ó ciudad leoniana, tenian que salir las guardias por la puerta de San Pancracio y encaminarse desde allí á la Cavalleggieri; y que, entre esta y el postigo, habia interpuesto un muro que no tenia ni una puerta siquiera; el muro que indudablemente corria ya entonces por las colinas janiculenses hasta hallar el recinto Aureliano. Al pasar el arco ó puerta Septimiana los españoles, cuenta Rossi, que Pedro Tibaldi, un valiente romano que defendia la puerta de San Pancracio, viéndolos dueños de aquel arrabal sin resistencia, se recogió al puente Sixto y se puso en defensa,

hasta que allí sucumbió con gloria. La relacion atribuida á Buonaparte, añade que « dos alféreces españoles, con increíble audacia, saltaron dentro de la puerta del puente, por mas que se descargasen contra ellos de todas partes tiros de arcabuz y de artilleria ligera; y sin temor de la muerte, pasando por el puente á la plaza vecina, y llamando á otros en su ayuda, lo tomaron tambien en pocos momentos. Entre tanto, los tudesecos rompieron con vaivenes de vigas (1) la puerta de S. Pancracio y se derramaron por Trastevere, (pasando tambien la vieja puerta Septimiana y el muro viejo de Servio Tullio, que á lo que parece, se conservaba todavia por algunas partes dentro del recinto Aureliano); y hallando abierto el paso de puente Sixto, no tardaron en proseguir su camino hácia el interior de la ciudad. Poco faltó, tal era el atrevimiento de los españoles, para que un capitan de ellos no se apoderase del mismo castillo de Santangelo, hasta donde osó llegar á pecho descubierto, pasando á la carrera el puente, y azotando con su espada las mismas puertas; pero él y muchos de los suyos pagaron con la vida aquel inconcebible alarde de esfuerzo, y cesó por entonces el combate, dedicándose el ejército entero al saco de la ciudad.

Fué este tal, que el mundo apenas lo ha presenciado mas cruel en ninguna época de la historia. «A lo menos fuera razon», se lee en los diálogos de Juan de Valdés, «que á los españoles y alemanes y gentes de otras naciones, vasallos y servidores del emperador, se tuviera algun respeto que, sacando la iglesia de Santiago de españoles (2) y la casa de D. Pedro de Salamanca, embajador de D. Fernando, rey de Hungría; y D. Antonio de Salamanca, obispo Gurzense, no quedó casa, ni iglesia, ni hombre de todos cuantos estábamos en Roma, que no fuese saqueado y rescatado. Hasta el secretario Perez (L. Perez), que estaba y residia en Roma por parte del emperador.» Y en otra parte: «¿Qué decís de las irrisiones que allí se hacian? Un aleman se vestia como cardenal y andaba cabalgando por Roma, de pontifical, con un cuero de vino en el arzon de la silla, y un español de la misma manera con una cortesana en las ancas.» Tal decia un autor tan poco amigo de las cosas de Roma, como mostró en su vida, dedicada en mucha parte al ejercicio y propagacion del protestantismo

(1) El último editor anónimo de los Diálogos de Valdés, supone que vaivenes son cuerdas ó maromas; no eran sino una especie de aríetes de *va é venne* en italiano, *va y viene* en nuestra lengua.

(2) Santiago ha sido saqueado en paz durante los primeros años de este siglo, so pretexto de amenazar ruina. Mas de cuarenta años van trascurridos del suceso y todavia permanece en pié, afrontando á sus espoliadores.

naciente. Pero él hablaba de oídas, y pudiera tacharse de exageración su relato: véase cómo se espresaban los testigos de vista. En una carta escrita por un personage español inserta en el tomo 7.º de los *Documentos inéditos para la historia de España*, se alude al tratamiento que sufrió el secretario Perez en estos términos: «Si dos casas han librado bien en Roma, es una la mía y del secretario Perez que, como á Vd. tengo escrito, me recibí en mi casa cuando el duque de Sesa se hubo salido de Roma. Hemos pagado de talla 2,400 ducados, y con quedar con las vidas y con no habernos atormentado como otros muchos, ni habernos hecho mal tratamiento, hemos dado y damos infinitas gracias á Nuestro Señor, y pensamos que nos ha hecho grandísimo bien en escaparnos con la dicha talla; la cual nos ayudan á pagar algunas personas que se habian acogido á nuestra casa. Y sobre mis necesidades se me ha venido esta adversidad que por lo menos me cabran cerca de 600 ducados que los andamos todos á buscar á cambio, por donde mientras viviere, no podré acabar de pagarlos, con los demás que debo.» Y en otra carta escrita con menos resignación cristiana se leen en buen español estas otras palabras: «No habastado tomar los dineros y ropa, sino prendernos á todos para rescatarnos despues y sacar á vender despues á las plazas á muchos hombres honrados, entre los cuales ha sido uno el obispo de Terracina que estaba para ser cardenal. Y cuando no habia quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, así á españoles como á tudescos é italianos, sin exceptuar ninguna nacion ni calidad de personas.» No es extraño, pues, que monseñor Francisco de Rossi esclamase en sus memorias, al apuntar las miserias presentes de su patria. «¿Qué pluma podrá describir jamás, y qué ojos podrán leer sin horror las violencias, insultos y latrocinios, la atrocidad de aquel sacrilego ejército? Aquellas furias del Averno rompiendo los sagrarios, se abalanzaban con ávido ardimiento y sin temor del cielo á los sagrados vasos, á las venerandas reliquias, á las imágenes santas. Y si no perdonaron los huesos de los mártires, si al cuerpo divino del Redentor, bajo la especie del pan, no tuvieron reparo en vilipendiarlo, ¿cuáles escesos no se cometieron en las virgenes del Señor, en las nobles y devotas matronas que con sus hijos se habian retirado á los conventos donde tenian parientes, creyéndose allí seguras de los bárbaros? ¿Cuántos prelados constituidos en dignidad, en los gobiernos y tribunales, cuántos nobles, cortesanos y gentiles hombres, no fueron cautivos de aquellos ladrones desenfrenados?»

Con noble indignación proporcionada al caso, se espresaron también los historiadores españoles del siglo, condenando el esceso mucho mas que encarreciendo la hazaña. «Eran infinitos

»y de todas las naciones, dice Dormer, (1) los que ayudaban á semejantes insultos, porque, al abrigo del ejército imperial, y con esperanzas de hacerse ricos, se habian introducido libres en listas que capitaneaban Ludovico Gonzaga, llamado Rodamonte, Marramaldo y Sciarra Colonna, muchos ladrones y foragidos de las provincias de Italia, cuya nacion en unos y otros no descuidó los medios de la ganancia, con opresion de su afligida Roma.» Los tudescos, añade Gonzalo de Illescas, «despues de hartos de matar hombres y de forzar mujeres, acudieron á quebrar imágenes y á profanar los templos, escarneciendo, como luteranos, de las reliquias y cosas sagradas. Los españoles atormentaban á los que parecian ser ricos por sacarles á donde tenian escondido el dinero.» Hay quien supone que fué lo peor la desenfrenada liviandad de los tudescos; quien maldice mas la rapacidad italiana; quien abomina sobre todas las cosas la astucia de los españoles. De todos se podria escribir largamente, si fuera mas apacible este género de descripciones. Basta como señal de la codicia de todos, que habiendo tropezado ciertos españoles con un saco de fichas doradas, y teniéndolas por de oro, en su ignorancia, comenzaron á cargar los bolsillos de aquella que juzgaban rica presa; mas no tardaron en advertirlo las demas naciones y por disputársela sobrevino entre los nuestros y los estrangeros una batalla formal, en que fueron muchísimos los heridos y los muertos, y grande el peligro de que se perdiese todo el ejército. Afirmase por algunos, que desenterraron el cadáver de Julio II, por robarle un precioso anillo pontifical que tenia en el dedo; y diz que hubo que cortárselo, porque el animoso Papa, aun despues de muerto, se resistia á dejar los atributos de su poder; que no hay duda, que como muestra de crueldad y de codicia, puede ofrecerse ese hecho horrible en cualquier tiempo. Y, si se trata de astucia, ninguna como la del capitán Francisco de Carvajal, de que Vd. hace mérito en su preciosa novela *Cristianos y Moriscos*; el cual, como llegase tarde con su gente al saco, por haberse entretenido en pelear mientras hubo con quien por las calles de Roma, y en asegurar los puestos á fin de estorbar cualquier sorpresa, no hallando ya joyas ó dinero á mano, ordenó á sus soldados que sacasen á una plaza cuantos papeles contenia el archivo del notario de la Santa Dataria, y les prendiesen fuego si, incontinenti, no aprontaba el dueño hasta diez mil escudos. Así logró que le viniesen los escudós que pedia, y que no le faltase á él y sus soldados la parte debida en el botín de la jornada. Tales hechos, y la memoria de que por arrojó de los españoles fué entrada la ciudad con tanta presteza, hicieron recaer al fin sobre estos el mayor odio

(1) Anales de la Corona de Aragón.

de los romanos. Ochenta años eran ya pasados, y el conde de Olivares, embajador en Roma por Felipe II, encargaba á su sucesor que tuviese cuenta con el ódio que profesaba aquel pueblo á los españoles, de resultas del sacco; y á fines del siglo XVII, todavia el conde Oñate apuntaba en sus instrucciones (1) igual observacion. «Los romanos, le decia al duque de Infantado, estando hartos de oír contar cada dia en sus rincones el sacco de Roma, conservan siempre aquel ódio, y asi no hay que fiarse de ellos.» Hoy ya no se acuerdan los romanos de eso, porque tampoco tienen ocasiones de acordarse mucho de España. La mudanza de los tiempos, y el mismo trascurso de ellos, ha ido desvaneciendo el horror del sacco, por tantos años conservado, y ya apenas se halla mas que en los libros su memoria.

Y en verdad, mi querido tio, que no valdría la pena de recordar cosas tales, y de investigar como acontecieron, si no encerrasen en sí propias útiles lecciones. Lejos estará Vd., como yo mismo, de disculpar tales excesos, y más en nuestro siglo; y ni lo grande de la hazaña, ni el valor increíble que mostraron en aquel trance los soldados de nuestra nacion, bastará seguramente para que Vd. recree su imaginacion con la memoria de tal combate y de tal triunfo. No, que pueda imputarse á nuestra nacion algo mas que á otras en las crueldades que el siglo consentia; no, y presentes están los pormenores del propio *sacco de Roma*, de los cuales consta auténticamente, que no solo los alemanes, sino los italianos mismos, los mismos habitantes rebeldes del territorio eclesiástico igualaron, cuando menos, superaron en muchas ocasiones á los nuestros, en el rigor del estrago. Nadie puede disputar á los españoles el honor de las armas: todos tienen que entrar á la parte con ellos en lo que deslustró é infamó la jornada. Pero de esta suerte y no de otra, se hacia la guerra en el siglo décimo sexto; valor y crueldad eran pseudónimos para las belicosas naciones que se disputaron, durante él, la tierra hermosa de Italia. Seria facilísimo demostrarlo con las memorias de la época, con las que atañen al sacco de Roma, como las que se refieren á otros acaecimientos. Ni se olvide que en especial los infantes españoles, que habian preso reyes y conquistado reinos, y hecho temblar ante su temible arcabuceria todas las naciones guerreras de Europa, iban á las batallas descalzos y hambrientos, sin una moneda con que satisfacer sus gustos ó atender á sus necesidades mas urgentes. No tenia que darles el César, ni podian salir ricos de su patria, esterilizada por siete siglos de guerra intestina, por un mundo conquistado y poblado en brevísimos años, por las mismas hazañas y victorias que la ha-

(1) Insts. ms. — En un tomo de papeles varios de mi propiedad.»

cian entonces tan grande y respetada en el mundo. Jamás habia sido mayor su penuria y su miseria que cuando Borbon se presentó con ellos delante de Roma; por esto no fué tampoco mayor en ninguna de tantas victorias ganadas, el rigor y la codicia del saco.

Aquí podría ya hacer punto; pero no sé yo si con los hábitos de juzgar y fallar que se han introducido en la historia me perdonaria Vd. que omitiese mi juicio acerca de un acontecimiento tan extraordinario como el que ha dado asunto á esta epistola. Los excesos, las crueldades, están juzgadas. No puede haber mas que una opinion, como no hubo mas que una en la misma España en los tiempos pasados, acerca de este punto. Pero las causas y las consecuencias del suceso merecen seguramente que se dilate un poco mas esta carta, ya tan dilatada, á fin de que alcancen en ella algunas lineas. Bien sabe Vd. que los principios del siglo XVI fueron gloriosos para el papado, cuanto infelices para la iglesia. Duraban aun las memorias del segundo de los pontífices de la familia Borja, harto mejor político que sacerdote; y mas la de su hijo, que manchó con vicios y crímenes inauditos la púrpura cardenalicia con que en mal hora fué investido. Julio II, antes soldado que hombre de iglesia; Leon X, mas artista que pontífice, no eran á propósito para que la corte de Roma mejorase de condicion; y el vacilante y malaventurado gobierno de Clemente VII, tampoco habia ofrecido ocasiones de intentar el remedio oportuno. Imperaban, pues, en Roma el lujo, la codicia y las pasiones mas enemigas del nombre cristiano. Descuidábanse un tanto por los intereses temporales los grandes intereses espirituales del catolicismo, precisamente combatidos entonces con mas furia que nunca por los protestantes alentados, y por la incredulidad naciente. No habia cuestion, no habia discordia, no habia guerra en Italia, donde mas ó menos no apareciesen mezclados los Papas, con gloria y acrecentamiento de su poder, en los dias de Julio II y Leon X; con perpetua desdicha en los de Clemente VII, que empeñado en amenguar la potencia de Carlos V, abrió imprudentemente el camino de Roma y del Vaticano á sus terribles y afortunados soldados. Esta conducta se escusa, no sin algun fundamento, con representar que el Papa es á un tiempo vicario de Cristo y principe temporal, y como tal sujeto en su corte á las pasiones temporales, y obligado á defender contra un soberano cualquiera los intereses de su Estado. Sin duda que es importante la observacion, mas ¿no podría escusar ella misma, hasta cierto punto, las irreverencias del asalto, de la prision del Papa, del saco mismo, que el derecho de gentes autorizaba entonces y ha autorizado por mucho tiempo despues para castigar con él á las ciudades vencidas?

El siglo XVI no era bastante imparcial para resolver con justicia este problema. Y es lo cierto que el tratamiento que recibió el Papa de parte de un príncipe que era á la sazón el fundamento humano del catolicismo ; que inició la gran política de resistencia y de intolerancia, seguida luego inexorablemente por sus descendientes, los Felipes españoles, y en la cual perseveró nuestra patria hasta su ruina; que fué un cruzado en la vida, y un monje en la muerte; que venció personalmente sobre el Albis al protestantismo triunfante en Alemania, y alentó desde Yuste el esterminio de la heregia, ya amenazadora en España; este tratamiento, digo, fué objeto por mucho tiempo de comentarios graves, absolviendo los unos de toda responsabilidad al César y culpando de los males acaecidos al Papa; y otros, por el contrario, acusando á Carlos de contradicción, de impiedad, y de felonía, y dando por inocente de todo al Papa Clemente y á su gobierno.—Un escritor hubo, y de los mayores de su siglo, Baltasar de Castiglione, que desempeñando á la sazón la nunciatura de España se propuso demostrar, que del suceso ni era la culpa del Papa, ni era del César, en una ingeniosa y elocuente epístola dirigida al secretario Juan de Valdés, con ocasion del *Diálogo* que escribió este acerca del *Saco de Roma*, mas de una vez citado.—No era cierto, segun Castiglione, que el Papa hubiera dado ocasion á la guerra porque, si bien se habia coaligado con el francés y venecianos, contra el emperador, no era sino para «reprimir, deoia, las insolencias inauditas, y las estorsiones que ejecutaba nel ejército de S. M. en las tierras de la iglesia, esto es en Parma y Plasencia (*cuyo dominio pretendia, que no poseia el Papa*); »y en toda la Lombardia, las cuales eran intolerables y fuera de »medida.»—Y en cuanto al emperador, era público, al decir del propio Castiglione, que «no sólo no mandó, ni consintió, ni »aprobó nunca el mal que se hizo en Roma, sino que hubo de »ello grandísima pena, de lo cual habia dado notorios testimonios, diciéndolo en voz alta siempre que habia venido á propósito.» Dedúcese, pues, de las palabras del hábil Nuncio, que el único culpable de todo fué el ejército imperial; y si hemos de creer á otros contemporáneos, ni siquiera los capitanes sino los mas humildes soldados, porque ya se ha visto como Valdés y Grumello afirman que el duque de Borbon no iba sobre Roma sino para librarla del saco; y Gselini, otro autor muy estimado, asegura en la *Vita di Ferrante Gonzaga*, que este capitán no asistió al asalto por otra cosa que por estorbar que padeciese insulto su madre, presente á la sazón en Roma, en el palacio de los Colonnas sus deudos. Por manera que todos, menos los soldados, se pretende que obraron en la jornada, en la prision y cautiverio del Papa, contra su propio gusto, así como éste habia comenzado las hostilidades contra el emperador, sin

el menor propósito de enemistarse con él y de entrometerse en las discordias de los príncipes cristianos.

Esto que decían los escritores, influidos entonces poderosamente por los señores, ó sus agentes y deudos, era lo que aparentaban los señores mismos, lo que procuraban demostrar, despues de los sucesos, al mundo. Y es que en los varios accidentes y en las complicaciones imprevistas de la historia se ofrecen á los hombres de Estado circunstancias tales, que los fuerzan á conculcar principios que han profesado tal vez con sinceridad, y practicado, acaso por mucho tiempo, lealmente; pero que llevados á la piedra de toque de la esperiencia resultan ineficaces en tal ó cual ocasion, falsos ó impracticables por lo menos, como lo es siempre lo absoluto, lo que no admite escepcion, en las cosas del gobierno y de la política.

Luego las circunstancias pasan; luego se desvanece el imperio que estas ejercen sobre los acontecimientos humanos; luego las condiciones de la escepcion se van, y cuando quedan solos é inflexibles, al parecer, en la conciencia, el precepto, el principio, la regla, son raros los que tienen el valor de sus hechos, los que aceptan ante el mundo y ante la historia la responsabilidad de lo que era bueno y legítimo en un cierto dia, por mas que no lo sea en la inmensa generalidad de las ocasiones. Asi se mantiene vivo en todas las épocas un tesoro de ilusiones políticas, que la práctica se encarga de ir lentamente desmintiendo; ilusiones fundadas sobre proposiciones y verdades inconcusas, las mas veces; verdades que no dejan de serlo sino cuando se pretende llevarlas fuera de los límites que impone la naturaleza á toda realidad humana.

Verdad es, y va de ejemplo de estas proposiciones, que el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Dios, no parece que deba mezclarse en las guerras y contiendas profanas que ensangrientan el mundo; pero, siendo como es príncipe temporal; siendolo tan importante como lo era en el siglo XVI; siendo tan críticas las circunstancias en que á la sazón se hallaba la Italia; ¿era posible que, como príncipe, permaneciese indiferente á lo que en torno suyo acontecia, y se olvidase de todo punto por los intereses espirituales de los temporales, que, bien ó mal comprendidos, pues no es del caso ahora, estaba tambien obligado á defender en su ministerio?—Hacia, pues, la guerra esta vez, como príncipe temporal el Papa, y era inevitable por lo tanto que fuera tratado como tal en las contingencias de la guerra. Carlos V, católico como era, defendiendo como defendía en todo el mundo la supremacia moral de los papas, atacado por uno de ellos, tenia que defenderse; tenia que defender sus estados, cualesquiera que fuesen los inconvenientes que se ofrecían. «Imprudente y loca teología, dijo á este propó-

«sito el famoso Melchor Cano (1), sería la que pudiese escrúpulo en esta defensa, por temor de los escándalos é inconvenientes que en la defensa se siguen, porque no se siguen de la defensa, si bien se mira, sino de la ofensa.» Y fundado en estos principios, si no mandó Carlos que se asaltase á Roma, aceptó el triunfo como suyo; se aprovechó de sus consecuencias; retuvo prisionero al papa muchos meses con deliberado propósito, por mas que fuese una irreverencia al Papa, como padre de los fieles; irreverencia de que sufrió que le reprendiesen sus súbditos. Sin hablar de otros, el mismo Fernando de Alarcon (2), que, despues de haber asistido á la prision y guarda del Rey Chico en Porcuna, tuvo á su cargo la de Francisco I, y la del Papa en Santangelo, amaestrado como ningun hombre del mundo, en tratar á los principes vencidos, decia en sus cartas que era necesario «que se diese forma á la liberacion del Papa »por ser recia cosa tenerlo en prision tanto tiempo, con los cardenales que con él se hallaban, que con el mal nombre que el »emperador tenia las piedras de toda la cristiandad se levantaban contra él. Y cuanto hombre, añadia, yo creo que el Papa »merezca á Dios mas trabajo de lo que tiene: cuanto al lugar de »Dios que ocupa, paréceme que se debe tener otro respeto.» Pero Carlos, que juzgaba las cosas como soberano y profundo politico, temia que el Papa, suelto de sus prisiones, y mas irritado con la afrenta pasada, se revolviere contra él con nuevas iras; y esta consideracion le detuvo por muchos meses, no determinándose, hasta que ya no pudo pasar por otro punto, á ordenar claramente que se pudiese en libertad al Papa. Esto exigia su posicion, y esto hizo. Y no por eso la historia le disputa hoy dia el titulo del mas grande de los principes que han ocupado los modernos tronos hasta el presente siglo, ni sería fácil por eso arrancarle sus bien ganados timbres de monarca católico. Una vez declarada la guerra, una vez formado el ejército cesáreo contra el Papa y sus aliados, una vez puesto en marcha el ejército, sin pagas ni bastimentos hácia la campaña de Roma, lo que siguió fué verdaderamente mas bien obra de los soldados que de sus caudillos; pero es que lo que siguió, en lo que tenia de esencial, no era sino una consecuencia ajustada á las premisas sentadas. Y esta consecuencia no fué rechazada, no fué desconocida; no fué inutilizada por el emperador; por el contrario, fué recogida como buena y legítima, aunque triste y peligrosa consecuencia de lo pasado.

Fué en conclusion el *saco de Roma*, con todos sus rigores,

(1) Parecer del Maestro Fr. Melchor Cano, dado al Sr. Emperador Carlos V.—Ms. de mi propiedad.—Este documento está impreso en la primera edicion del *Juicio imparcial*.

(2) Comentarios de los Hechos del Sr. de Alarcon.—Madrid 1665.

una gran profanacion, una gran calamidad y un gran escándalo. Pero si no se quiere culpar por él al Sumo Pontífice, que movió la guerra; si no es justo denigrar por él á Carlos V, aunque se aprovechase como político de los beneficios de la jornada, hasta donde estuvo á su alcance; si el ejército, en la miserable situacion en que se hallaba, y con los hábitos de la época, no hizo mas que lo que hubiera hecho cualquiera otro ejército de su tiempo, no hay que censurar ó condenar á nadie especialmente, por aquel hecho. De la imperfeccion que ofrecen todas las instituciones en que interviene la mano del hombre; de las faltas particulares é imputables á los personajes que las representan; de la antítesis de las pasiones, de la antinomia de los intereses, se van formando poco á poco los nublados que producen de vez en cuando esas grandes tempestades, cuyo rumor se escucha al través de los siglos. No es hora cuando estallan de explorar sus inmediatos agentes, que ni parecen ni pueden parecer por lo pronto en el estrago. Lo es entonces únicamente de compadecer á las víctimas. Luego mas tarde, cuando las nubes se disipan, y la claridad aparece de nuevo, es ocasion de estudiar esos complejos fenómenos de la historia, á fin de aprovechar en las cosas futuras el fruto de la experiencia de lo pasado. Algo pensaba de esto el conde de la Roca en su *Epítome de la vida de Carlos V* (1), cuando exclamaba á tal propósito: «No alabo el hecho, pero atribúyolo á causa mas que material.» Porque es mas que material, verdaderamente, la combinacion que producen ciertas circunstancias imprevistas ó desconocidas, de que nacen hechos estraños, ilógicos, sobrenaturales, si se les mira solo por la superficie; indispensables ó de fácil esplicacion, cuando menos, si se les examina, como he examinado yo en estas últimas y breves páginas, *el saco de Roma*, á la luz de la razon y de la historia.

(1) *Epítome de la vida y hechos del emperador Carlos V.*—Milan 1646.

